

ALMA Y NÚMERO EN ORIENTE Y OCCIDENTE

“Al explicar el mundo, los hindúes no comienzan, como nosotros, tomando el átomo de hidrógeno como punto de partida, ni tampoco describen la evolución de la humanidad o del individuo desde lo inferior a lo superior, desde la inconsciencia profunda hasta la más elevada consciencia. Ellos comienzan en Sahasrara (chakra 7); hablan el lenguaje de los dioses y piensan el hombre de arriba abajo. La experiencia interna es, para ellos, revelación. Nunca dirán, a propósito de esta experiencia, yo lo pensé”

C.G. Jung, “La Psicología del Yoga Kundalini”

El alma de occidente y el alma de oriente son fuente de inspiración, asombro y de no pocas confusiones, a la hora de acercarse a ellas. Una se asocia a Lógica y Ciencia, *Yang* y expansión. La otra a Intuición y Espiritualidad, *Yin* e interiorización. El alma de occidente se ha adueñado de gran parte de la forma de percibir el mundo, pero ha recibido (un poco a regañadientes) el aporte energético de esa “otra alma” con la que comparte la realidad: el alma oriental. Hay dos grandes hemisferios cerebrales virtuales en nuestro planeta, donde moran las tendencias de estas dos almas, tal como en nosotros mismos. Dos polos que en nuestros tiempos enfrentan un difícil camino de integración. Refiriéndose a esto, D.T. Suzuki comenta en la introducción de su libro “Budismo Zen y Psicoanálisis” la impresión que le causan la lectura de un poema del japonés Basho y otro del inglés Tennyson. El tema, anodino, es una flor que cada uno encuentra en su camino. Basho la contempla y se arroba. Tennyson la arranca, la analiza, se pregunta por ella... y no sabemos si logra el arrobamiento.

El cine ha brindado extraordinarios ejemplos de choque de culturas (léase “almas” entre líneas... la filmografía del australiano Peter Weir, a la que nos hemos referido en otros artículos, es prueba de ello), y también es fácil caer en el estereotipo. Un estereotipo es una banalización de la imagen arquetípica, una fijación unilateral, reduccionista y forzada. Como occidentales tenemos un estereotipo del oriental (que se alimenta muchas veces de nuestra proyección sombría) y viceversa. En perspectiva junguiana, tendemos a considerar al occidental como extrovertido y al oriental como introvertido. El aspecto que nos interesa hoy es la actitud de uno y otro frente a la génesis de una idea, cosa magníficamente mostrada en la película “EL HOMBRE QUE CONOCÍA EL INFINITO” (dirigida por Matthew Brown, 2015) basada en la relación entre el genio matemático hindú Srinivasa Ramanujan (1887-1920, interpretado por Dev Patel) y el matemático y profesor Godfrey H. Hardy (1877-1947, interpretado por Jeremy Irons) a lo largo de 5 años en el Trinity College de la prestigiosa Universidad de Cambridge.

Dos Almas, una Totalidad

Llevado de Madrás a Londres por Hardy en 1914, Ramanujan enfrentó prejuicios e incomprendimientos en ambos lugares. Pasó penurias económicas en su tierra (sin contar sus problemas de salud), trabajó en humildes empleos contables hasta que fue descubierto por unos de sus supervisores,

quién lo impulsó a escribirle a Hardy, uno de los profesores más destacados en el Trinity College de Londres (donde también enseñó y trabajó Isaac Newton, otro potente símbolo presente en la película). El matemático británico, impresionado por el trabajo del hindú (*“¿Quién tendría la imaginación para inventar todo esto?”*), hace lo posible por llevarlo una temporada a Cambridge, con lo que se inicia un largo (y a veces fallido) intento de comprenderse el uno al otro. Ramanujan y Hardy se posicionan en polos opuestos con respecto al origen y la naturaleza de las novedosas y radicales ideas del hindú. Ramanujan deseaba avanzar hacia los nuevos horizontes indicados por sus intuiciones matemáticas. Hardy era extremadamente insistente en el fundamento y en las pruebas de los postulados:

- *Ramanujan: “Mr. Hardy, no entiendo porque perdemos el tiempo haciendo esas demostraciones. Tengo las fórmulas”.*

- *Hardy: “No es que no sepa lo que Ud. ha afirmado. No estoy seguro de que sepa cómo llegó a ellas, ni que sean correctas. Hay sutilezas que...”*

- *Ramanujan: “Pero son correctas, Mr. Hardy. Tengo ideas nuevas e importantes...”*

- *Hardy: “¡Si, pero la intuición no es suficiente! Deben ponerse a prueba.”*

Si bien ambos hombres compartían la fascinación por el hecho matemático, su acercamiento es muy diferente. En términos de la tipología psicológica jungiana, y corriendo el riesgo de ser simplista, podría decirse que Hardy pertenecía al tipo de pensamiento extravertido. En *“Tipos Psicológicos”* Jung se refiere a esta clasificación de la siguiente manera: *“Por definición, este tipo será un hombre cuyo constante empeño –siempre y cuando, desde luego, se trate de un tipo puro- es lograr que todas sus actividades dependan de conclusiones intelectuales, las que, en última instancia, están siempre orientadas por datos objetivos, trátense de hechos externos o ideas generalmente aceptadas. Este tipo de hombre eleva la realidad objetiva, o una fórmula intelectual objetivamente orientada, al principio imperante no solo para si mismo sino para todo su entorno”*. Ramanujan obedecía a una tipología complementaria, la de pensamiento introvertido: *“Los hechos externos no son el fin y el origen de este pensamiento, aunque al introverso a menudo le gustaría que así fuera. Por lejos que pueda internarse en el ámbito de la realidad presente, comienza con el sujeto y va de vuelta al sujeto... formula preguntas y crea teorías, se abre a nuevas perspectivas e intuiciones, pero, en lo que respecta a los hechos, su actitud es de reserva... Le parece de enorme importancia el desarrollo y presentación de la idea subjetiva, de la imagen simbólica inicial cerniéndose oscuramente ante los ojos de la mente”*.

La escena donde Hardy visita a un enfermo Ramanujan parece ser el núcleo del drama producido por este choque gigante de paradigmas:

- *Ramanujan: “Mr. Hardy, usted quería saber cómo obtengo las ideas. Mi diosa, Namagiri, ella me habla. Me pone fórmulas en la lengua mientras duermo, a veces mientras rezo. ¿Me cree Mr. Hardy?”*

- *Hardy: “Pero no creo en Dios. No creo en nada que no pueda probar”.*

- *Ramanujan: “Entonces no puede creer en mí. ¿No lo entiende? Una ecuación no tiene sentido para mí, a menos que sea un pensamiento de Dios”.*

Comparemos esta última declaración de Ramanujan con lo que Marie-Louise von Franz escribe en “Número y Tiempo”: *“Ciertas estructuras matemáticas descansan sobre una base arquetípica, por lo que los sistemas matemáticos pueden originarse de inspiraciones del inconsciente”*. Para Hardy no importaba el origen de la idea, sino su “validez” y coherencia. Para Ramanujan el origen de la idea (ciertamente numinoso, arquetípico) era la clave de toda su validez y coherencia. La diosa Namagiri era el símbolo interior de esa clave, un Ánima al borde de una Sophia matemática. Según cita Michael Katz en “El Yoga Tibetano de los Sueños”, Ramanujan una vez declaró que: *“Mientras dormía, tuve una experiencia inusual. Había una cortina roja formada por sangre que fluía. Yo la observaba. Súbitamente una mano empezó a escribir en esa cortina, y puse mucha atención. Escribió muchas integrales elípticas que se quedaron en mi cabeza. Tan pronto como desperté, me apresuré a escribirlas”*. Según contó Hardy en el obituario de 1920 por la muerte de Ramanujan, este también reveló que había recibido la autorización de Namagiri para ir a Londres a través de un sueño. Ramanujan devolvía al seno de la comunidad matemática internacional el origen numinoso de una idea. Lo notable de la experiencia del matemático hindú es la calidad de la idea en sí. Es matemática pura. Habitados en nuestro mundo contemporáneo al mercado de “canalizaciones”, médiums y a la banalización de lo chamánico, donde se traen “conocimientos” que el vacío emocional de los oyentes les dan el status de “sabiduría”, lo que Ramanujan “trajo” constituye un auténtico misterio, como acción de lo numinoso sobre el mundo.

Jung también se sintió fascinado por el alma oriental. En “El Círculo Hermético”, Miguel Serrano reproduce un diálogo que sostuvo en diciembre de 1957 con el psicólogo suizo, donde toca puntos que se ajustan mucho al misterio de carácter de Ramanujan:

“Yo también deseé confrontarme con el universo de la India, como producto del Occidente que soy, para poner a prueba nuestros caminos y dar vida dentro de mí a aquellas zonas que corresponden a las experimentadas por los hindúes, traerlas a mi consciencia por medio del contacto con un medio distinto. Por eso viajé a la India en 1938 [...] Un indio, en tanto que es indio, no piensa; por lo menos en la forma como nosotros entendemos el pensar. Él, más bien, percibe el pensamiento. El indio se asemeja a los primitivos, en este sentido. No digo que sea primitivo, pero sí que el proceso de su pensamiento me recuerda las formas primitivas de producir pensamientos. El razonar primitivo es en esencia una función inconsciente y percibe solo sus resultados. Deberíamos esperar esta peculiaridad en una civilización que ha gozado de una casi ininterrumpida continuidad desde las edades primitivas. Nuestra evolución natural fue cortada repentinamente en sus niveles primitivos por la invasión de una psicología y de una espiritualidad procedentes de un más alto nivel de civilización. Fuimos interrumpidos en el comienzo de un politeísmo bárbaro todavía, cortado de raíz o suprimido en el curso de los siglos, no hace mucho tiempo. Supongo que este hecho ha producido una particular desviación de la mente occidental. Nuestra existencia se transformó en algo que aún no ha sido cumplido y que no podrá serlo totalmente. Se produjo así en el hombre occidental una disociación entre la parte consciente e inconsciente de su mentalidad. Se logró, sin duda, liberar a la consciencia del fardo de la irracionalidad y de los impulsos instintivos a expensas de la individualidad total. El hombre se dividió entre la personalidad consciente y la inconsciente. La personalidad consciente pudo ser domesticada porque se la separó del hombre primitivo. Así nosotros llegamos a ser altamente disciplinados, y unilateralmente racionales, pero el otro lado permaneció suprimido, excluyéndose al primitivo de la educación y la civilización. Esto explica nuestras recaídas en las más espantosas barbaries y esto también explica el hecho, asimismo terrible, de que mientras más alto

escalamos la montaña de las conquistas científicas y tecnológicas, más peligroso y diabólico es el mal uso que hacemos de nuestras invenciones y desarrollos... Pero esta no es la única forma en que el hombre puede llegar a ser civilizado; no es la forma ideal, en todo caso. Uno podría pensar en otra posibilidad más satisfactoria. En lugar de diferenciar exclusivamente una parte del hombre, podríamos intentar diferenciar al hombre total. Podríamos impedir esa fatal disociación entre una mitad alta y una mitad baja, uniendo al hombre consciente con el peso terrestre de su esfera primitiva. En India podemos encontrar un ejemplo de civilización que ha incorporado todo lo esencial del primitivismo, abarcando al hombre total, desde lo más alto a lo más bajo. La civilización y la psicología indias se asemejan a sus templos: representan al Universo. Digo esto para poder explicar lo que entiendo por no pensar. Debería decir exactamente: gracias a Dios que todavía hay un hombre que no ha aprendido a pensar, pero que aún percibe sus pensamientos como si fueran visiones o seres vivientes, que percibe a sus dioses como pensamientos visibles, basados en la realidad de los instintos. Él ha rescatado a sus dioses y ellos viven con él. Es verdad que esta es una vida natural, llena de asperezas, tosquedades, miserias, enfermedades y muerte; sin embargo, en alguna forma, es completa, satisfactoria y de una belleza emocional insondable. Es cierto que su lógica es imperfecta y que es sorprendente ver como fragmentos de la ciencia occidental viven pacíficamente al lado de aquello que nosotros llamamos supersticiones. Pero a la India no le importan las contradicciones intolerables. Si estas contradicciones existen, son peculiaridades de los pensamientos autónomos y la responsabilidad es exclusiva de ellos mismos. El hombre no es responsable de tales contradicciones, desde que el pensamiento se le aparece. El indio no se interesa por los infinitos detalles del universo. Su ambición es tener una visión de totalidad. Él no conoce aún que el mundo viviente puede ser destrozado entre dos conceptos..."

Como sabemos, en el arquetipo de la Totalidad (o Self) se reconcilian de alguna manera los opuestos. No conoce limitaciones geográficas, culturales o espirituales porque las refleja y está más allá de todas ellas. Su movimiento rompe paradigmas individuales y colectivos. Allí donde aparece la necesidad de transformación e integración, allí se manifiesta el Self y su poderosa "actividad pasiva". Y muchas veces su lenguaje (como el de la Naturaleza, según Galileo) es veladamente matemático. En "La Individuación", Aniela Jaffé escribe: *"El aspecto eterno del Self se concreta en la imaginería del inconsciente mediante símbolos impersonales: figuras geométricas o estereométricas (triángulo, cuadrado, círculo, cubo, esfera, etc.), números o grupos de números, luz y fenómenos cósmicos, objetos sagrados, y también mediante abstracciones (lo incognoscible). El aspecto individual único está representado en cambio por figuras sublimes, incluso divinas, del mismo sexo con rasgos bastante definidos, y con menor frecuencia mediante una voz interior. No es necesario decir que esto no constituye una regla invariable y que existen combinaciones o superposiciones de uno y otro grupo"*.

El Número como Arquetipo

La idea matemática era tenida muy en alto por Platón al exponer su teoría de las ideas. Jung reconoció al número natural como el más elemental y primordial de los arquetipos, y le dedicó gran parte de sus últimos años. Lo definió de la siguiente manera: *"el Número Natural es el arquetipo del orden hecho consciente"*. El Caos se transforma en Cosmos a través del emerger de este arquetipo nuclear. No es solo es "cantidad", sino también "cualidad, significado". Cada una de esas cualidades respondía a una "identidad" muy específica, a la que asoció una "dynamis" particular, una energía capaz de producir transformaciones particulares. Por ejemplo, los arquetipos numéricos "1" y "2"

poseen cada uno su propia identidad específica, con su propia “dynamis”, y manifestarán realidades propias de cada uno de ellos, muy diferentes entre sí. Ello le permitirá a cada uno albergar contenido mitológico específico (como se aprecia en los mitos y cuentos infantiles, con los hermanos gemelos, trinitades de brujas, cuaternidades familiares y “siete enanitos”, elementos cuya cantidad no es mero azar, sino simbolismo puro).

El arquetipo numérico es una de las grandes conclusiones del trabajo conjunto entre Jung y Wolfgang Pauli para sistematizar el principio de Sincronicidad. Para Pauli, el número era el fundamento del lenguaje unitario que subyace a la Psique y la Materia. Su reflejo determina el mundo material, al extremo que es el fundamento de nuestro actual paradigma cultural: *“todo debe poder contarse y medirse”*. Estamos “tomados” por el lado sombrío del arquetipo numérico (el cuantitativo), y su aspecto cualitativo (o numinoso) es aún muy ignorado. El número, así como la forma geométrica, el color y el sonido, son arquetipos primarios que no pertenecen a la esfera del alma humana (como lo esboza Kandinski, el padre del arte abstracto, en “De lo espiritual en el Arte”), sino a la esfera del *Ánima Mundi*. Ramanujan parecía conocer este misterio. Su mirada sobre las matemáticas era genuinamente transpersonal. Las fórmulas matemáticas eran algo que las divinidades querían decirle al hombre. Eran una construcción mágica que permitiría al ser humano comprender la multi-dimensionalidad del mundo. En este sentido, afirmamos que Ramanujan era un chamán matemático. Un chamán, fundamentalmente, trae conocimientos del “otro mundo” que sanan y restauran equilibrios “en este mundo”.

Aún se encuentra pendiente la profundización en el aspecto cualitativo del número. El número como símbolo, el número como mensaje de lo numinoso. En el estudio del fenómeno de Sincronicidad, quizás el más extendido sea el de la “coincidencia numérica” (toparse reiteradamente, y en diversas circunstancias, con una cifra determinada). En su clásico libro “Sobre Adivinación y Sincronicidad”, Marie-Louise von Franz invita a la creación de unas matemáticas simbólicas. No es extraño que esta invitación provenga de la esfera junguiana, la más avanzada en el estudio de los símbolos del alma humana. Las ideas de Jung hacia el final de su vida trascendieron el campo psicológico y se internaron en terrenos cosmológico-simbólicos. El lenguaje que utilizó incluía los conceptos matemáticos y geométricos, al punto que es desconocido para muchos junguianos que “el sabio de Bollingen” resumió sus investigaciones acerca del arquetipo del Self en una estructura geométrica llamada “Fórmula de Realización del Self”, basada en la dinámica del sólido platónico llamado Octaedro, quizás la mejor representación simbólica de su forma de pensar. En “Aión”, obra de madurez, escribe: *“en más de una ocasión las matemáticas han demostrado que sus construcciones puramente lógicas, que trascienden toda experiencia, posteriormente coincidían con la conducta de las cosas. Y este hecho, lo mismo que los acontecimientos que denomino sincronísticos, apuntan a una armonía profunda entre todas las formas de la existencia”*.

Hay números finitos e infinitos, y entremedio, números arquetípicos que abren puertas hacia realidades mayores, donde habita lo numinoso. En términos hindúes, es el camino del Jñāna Yoga. Hay infinitos números que determinan un número infinito, configurando un patrón. Como dice el personaje de Ramanujan en la película: *“hay patrones en todo. El color en la luz, los reflejos en el agua. En matemáticas, estos patrones se manifiestan en las formas más increíbles”*.